

LAS UNIVERSIDADES PÚBLICAS Y LOS DESAFIOS
DE LA EDUCACIÓN NACIONAL
Jacinto Ordóñez Peñalongo*

Pareciera que, hoy por hoy, no es posible hablar de la Universidad y de la educación nacional sin referirse al así llamado “Nuevo Orden Mundial”, con los desafíos que este “orden” presenta en el momento actual. Pareciera también insoslayable que, frente a estos desafíos, se tenga que repensar la práctica de la educación que las universidades públicas realizan y que promueven en el país. Al mismo tiempo, pareciera también insoslayable la superación de los problemas detectados, y que puedan detectarse, en la práctica de la educación actual. Veamos en ese orden y, desde esta perspectiva, el tema que ahora nos planteamos.

Los desafíos del “Nuevo Orden Mundial”

A partir de la década de los años ochentas, la América Latina se ha caracterizado por haber vivido un proceso de democratización y de modernización, proceso que Centroamérica ha vivido con mayor dramatismo. Algunos signos de esta democratización ha sido la superación de los conflictos bélicos en Nicaragua, El Salvador y Guatemala. Cualquiera diría que la democratización y la modernización de esta región son un hecho; sin embargo, muchos problemas están pendientes como desafíos de la realidad centroamericana -incluyendo a Costa Rica-, agenda ante la cual la educación en general y, especialmente universitaria, no puede pasar por alto.

Xabier Gorostiaga, Rector de la Universidad Centroamericana de Nicaragua, hace un listado de esos problemas: primero, la “creciente miseria y exclusión en América Latina”, lo que significa que los países son más democráticos pero a la vez más pobres y que ese “Nuevo Orden Mundial” —de acuerdo con datos del Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas (PNUD)— funciona siempre y cuando se mantenga una desigualdad creciente. El BID y el mismo Banco Mundial consideran la miseria como el “virus que carcome y deslegitima la civilización actual”.

Segundo, “el carácter concentrador y excluyente de la Revolución Tecnológica” mantenido por un porcentaje pequeño de la población mundial,

* Profesor del Departamento de Filosofía y del Doctorado en Estudios Latinoamericanos, con mención en Pensamiento Latinoamericano, ambos de la Universidad Nacional. Profesor del Doctorado en Educación de la Universidad Estatal a Distancia (UNED).

fenómeno paralelo a la concentración del poder económico, informativo y militar, concentración que hace posible que la aplicación de ese conocimiento y esa tecnología en la producción de bienes, produzca lo que se ha llamado la “desmaterialización de la producción”, en relación con la materia prima, la “automatización y robotización de la producción” y la “transnacionalización y globalización del sistema de producción, financiamiento y comercialización”. Este carácter centralizador es lo que ha hecho posible la globalización del mercado y permite comprender que es la necesidad del 20% privilegiado de la población mundial la que impulsa a la centralización de espacios, mares y energía para perpetuar su poder¹.

Tercero, la “falta [de] un eslabón perdido entre lo macro (alternativas nacionales) y lo micro (experiencias locales)”, lo que significa haber caído en una falta de credibilidad en las alternativas propuestas por el Estado, lo cual ha conducido a la inestabilidad política y a la falta de credibilidad en los partidos tradicionales².

Se han incrementado los niveles de desigualdad, de centralización y exclusión, a la vez que se ha acrecentado la incapacidad de producción científica y de desarrollo tecnológico en la América Latina, donde las minorías nacionales que participan de la centralización del capital -que también son minorías- se ocupan más de consumir que de modernizar el desarrollo de sus propios países. Los gobiernos “democráticos” no han podido cumplir con la proclamada democratización, cuando en la práctica no se ha podido enfrentar los problemas de la pobreza, el desempleo creciente y las necesidades locales, que es el impacto que sufre la mayoría de la población centroamericana y latinoamericana.

Pareciera que la manera como se comprenden y se definen los problemas y soluciones a nivel internacional y tecnocrático es diferente a la manera como se comprenden y se definen las necesidades y las soluciones a nivel local. Cada vez es mayor la ausencia de proyectos nacionales que resuelvan, en sus causas, los problemas concretos. A lo más que se ha llegado es a un asistencialismo que mitiga en parte, pero no resuelve de raíz los problemas presentes.

¹ Xabier Gorostiaga. Comenzó el Siglo XXI, el norte contra el sur, el capital contra el trabajo. Ponencia presentada en la plenaria del Congreso Latinoamericano de Sociología. La Habana, 1991. Edición mimeografiada. pp. 3-6.

² Xabier Gorostiaga SJ. Educación, Desarrollo Humano y Competitividad, La Nueva Generación. Ponencia inaugural en la IV Conferencia de la Asociación de Economistas del Caribe. Curaçao, 22-25 de junio de 1993. Edición mimeografiada. pp. 2-17.

Mientras tanto, el “Nuevo Orden Mundial” se impone, no sólo no se atienden los problemas concretos sino que se agravan los problemas existentes y presentes desde hace mucho tiempo; inclusive, se provocan nuevos problemas que afectan a todos los sectores de la sociedad de los pueblos subdesarrollados. Se trata de una racionalidad que afecta la producción y el trabajo por la manera diferente de hacer las cosas; exige una planificación de la organización y la administración que prioriza la rentabilidad y la eficiencia, bajo el principio del mínimo esfuerzo, pues la nueva racionalidad tiene un sentido intencionalmente económico; se generaliza una automatización de varios ámbitos de la vida natural y social; es más, se modifica el sistema de valores vigente que orienta la acción humana, la educación en general y, específicamente en nuestro caso, la educación superior.

La penetración del “Nuevo Orden Mundial” ha tomado por sorpresa al pensamiento popular, inclusive, al pensamiento profesional; el “Nuevo Orden Mundial” ha tomado por sorpresa a las universidades especialmente públicas y ahora ellas se sienten llamadas a realizar un cambio. Las universidades comienzan a sentir la necesidad de replantear su situación interna, no sólo a la luz de sus necesidades presupuestarias, administrativas y académicas, del mercado de trabajo, de soluciones de emergencia y de proyectos a corto plazo, sino también a la luz de los desafíos que la actual situación plantea, ahora desde lo global. Las implicaciones para la Educación Superior parecen evidentes: primero, si las universidades son capaces de preparar profesionales que comprendan las causas de la pobreza creciente, que propongan alternativas para un proyecto económico, social y político más justo, que se ocupen de la injusticia que rodea y el sistema excluyente que engloba, que reflexione su práctica docente, investigativa y de extensión (o acción social) para no sentirse reproductores de un sistema injusto. Segundo, si las universidades son capaces de preparar profesionales que produzcan una ciencia y una tecnología apropiada para las necesidades de nuestros pueblos, a la luz de los desafíos que este “Nuevo Orden Mundial” promueve. Tercero, si las universidades son capaces de proponer un desarrollo alternativo que evite esa separación entre el saber universitario y el saber que demanda las necesidades locales, entre los manuales de las mejores universidades que enfrentan los grandes problemas mundiales y el manual que necesita un pueblo en sus necesidades concretas, que pueda ver lo global y al mismo tiempo lo particular.

La respuesta universitaria a ese “Nuevo Orden Mundial”

Los europeos han iniciado un trabajo de comprensión de lo que es ese nuevo orden mundial. Por ejemplo, Habermas aboga por la necesidad de traducir el saber técnicamente utilizable para comprender la manera en que esa técnica se puede adoptar a la vida cotidiana³. La traducción y comprensión del nuevo orden mundial se hacen necesarias para Habermas, pero él nos habla desde las necesidades que sienten los europeos. Para nosotros, los latinoamericanos, indudablemente que la traducción y la comprensión se hacen necesarias, pero no sólo ellas. Por las implicaciones que tiene el “Nuevo Orden Mundial” en los países latinoamericanos y, entre ellos Costa Rica, se necesita acentuar una respuesta más que la sola traducción y comprensión. Traducir y comprender sin responder desde nuestras necesidades es simplemente ignorar los problemas que provoca ese “Nuevo orden Mundial” en nuestros países y es agravar esos problemas. Por eso, si las universidades se dedican a enseñar, investigar, traducir y comprender ese “nuevo orden” para que nuestra vida nacional la aproveche, habrán realizado sólo una parte de su tarea, porque el pueblo en el cual las universidades trabajan espera respuestas alternativas para resolver problemas nacionales en el contexto de ese “nuevo orden”. Por eso, soy partidario de aquellos y aquellas que piensan que no basta la traducción y la sola comprensión de ese vínculo entre “Nuevo Orden Mundial” y vida cotidiana —como aquel que acepta acríticamente y lo traduce— sino que se hace necesaria una respuesta, una respuesta que desde el trabajo universitario debería tener, al menos, los siguientes aspectos:

En primer lugar, las universidades deben tener como horizonte de su trabajo la progresiva elevación de la calidad de vida del pueblo en el cual se ubican. Nos referimos a una educación que esté al servicio de la calidad de vida material y social de todos los sectores de nuestro pueblo. Tener como principio de la educación universitaria elevar en forma continua y sostenida la calidad de vida del pueblo implica la construcción permanente de un orden social democrático que no sólo consista en buenas intenciones, buenas constituciones políticas y buen sistema jurídico, sino una democracia como “modo de vida”⁴. La democracia así percibida, implica plena participación de todos los sectores del pueblo, implica un orden social económicamente más justo. Este nuevo orden debe incluir formas

³ Cf. Jürgen Habermas. “Progreso técnico y mundo social de la vida”. En: Ciencia y técnica como “ideología” de Jürgen Habermas. Madrid: Editorial Tecnos, S.A., 1989. pp. 113-129.

⁴ John Dewey. Democracia y Educación. Buenos Aires: Editorial Losada, S.A., 1982. p. 98.

diferentes de relacionarse con la naturaleza, formas que permitan la protección de lo que dichosamente todavía no se ha perdido y la recuperación del orden natural dañado. La construcción de un orden social y natural que haga posible la calidad de la vida humana. La calidad de vida es, en nuestro tiempo, un grito de todos los pueblos del mundo y, en el caso de los países latinoamericanos, es un grito permanente, pues los sistemas no sólo han deteriorado las formas de vida, sino que el “Nuevo Orden Mundial” las sigue deteriorando en el sentido natural y en el sentido también social.

En segundo lugar, las universidades deben tener como horizonte de su trabajo la generalización del saber para que el pueblo esté preparado para una participación activa no sólo en la producción sino en la vida cultural, social y política que necesita el país. Esto implica la democratización de la educación universitaria, democratización no significa privatización sino básicamente participación de todos los sectores del pueblo en el saber universitario. De nada sirve inculcar la iniciativa privada en términos de educación superior si a esas escuelas o universidades no se pueden ir sin endeudar la mitad de la vida o si del todo, los grandes sectores del pueblo no pueden llegar. Privatización no es necesariamente sinónimo de democracia en el campo educativo. Si el liberalismo del siglo XIX generalizó la educación primaria y el liberalismo progresista de mitad de siglo generalizó los estudios secundarios, toca a nosotros generalizar la educación universitaria. El grito permanente de nuestro pueblo es que la igualdad de oportunidad educativa deje de ser un discurso y se convierta en una realidad en este suelo.

En tercer lugar, las universidades deben tener como horizonte la identidad del pueblo donde trabajan. Para esto hay que renunciar a ser repetidores, copiadores, importadores, consumidores de conocimiento. En términos educativos, al menos en la educación oficial, la tónica ha sido la repetición y la copia, basta ver la “Política Curricular del Período 90-94” o la “Política Educativa hacia el Siglo XXI”, más conocida como “Edu-2005”. La educación universitaria, para que sea relevante para el país y para el concierto de naciones, habrá de partir de lo propio y habrá de responder prioritariamente a lo propio, en el contexto de nuestra realidad, rescatando valores, historia y el saber de nuestro pueblo. Una educación responde a nuestras necesidades o no sirve ni para nuestro contexto ni para ningún otro. Una educación repetitiva de lo que se hace en otros lugares alimenta la dependencia, en vez de resolverla, cumple una función ideológica porque oculta las necesidades locales y cultiva conciencias colonizadas. Para

cultivar la identidad se necesita producir conocimiento, comenzar a pensar y producir desde nosotros. Esto significa dar cuenta de nuestras relaciones históricas, de nuestra organización social, de nuestros pueblos y nuestras étnicas, de nuestras instituciones, de nuestras ideologías, del conocimiento que necesitamos, significa apropiarnos de nuestra propia identidad. Como dice Helio Gallardo, “el pensar debe estar en condiciones de dar cuenta de su raíz histórico-social”⁵.

En cuarto lugar, lo dicho no significa que se ignore lo que se hace en otras latitudes. Las universidades deben tener como horizonte de su trabajo la apertura al avance científico y tecnológico actual. No se trata de ignorar los adelantos científicos de los países desarrollados, los descubrimientos de otras latitudes ni los inventos de otros pueblos. Lo que se quiere subrayar es que no podemos seguir repitiendo, copiando, importando, consumiendo conocimiento acríticamente. Como diría Freire, “la cerrazón a experiencias realizadas en otros contextos es igual de equivocada que la apertura ingenua a ellas, o sea su importación pura y simple”. Esto significa estar abiertos a otras latitudes que, por sus condiciones histórico-sociales, pudieron avanzar mucho más rápido en varios campos del saber. Dadas las condiciones actuales, no podemos aislarnos de esos adelantos y de esas técnicas. Pero esa apertura pasa por la necesidad de la calidad de vida que necesita nuestro pueblo, por la necesaria generalización del saber para construir nuestra democracia y por la propia identidad. Se trata de una apertura inteligente, con perspectiva propia, con pensamiento crítico.

Para realizar una tarea universitaria que responda a los desafíos de una educación en el contexto costarricense y latinoamericano, se necesita un trabajo de comprensión de lo que ofrece “El Nuevo Orden Mundial” y, a la vez, una respuesta a las necesidades de nuestro pueblo. No basta sólo traducir ni comprender, se necesita también responder a las causas que provocan la pobreza creciente, proponer proyectos viables que resuelvan, no sólo mitiguen, esa pobreza. Por eso afirmamos que uno de los puntos de referencia de una Universidad comprometida con su propio pueblo es escuchar el grito popular de mejor calidad de vida. No basta tampoco universalizar la educación preescolar, primaria y secundaria, sino también universalizar la educación universitaria. Si queremos tener cada vez más, una participación democrática consciente y capaz de convertir nuestro país en “un proceso de desarrollo” más que en un “proceso de

⁵ Cf. Helio Gallardo. Pensar en América Latina. He-redia: C.R.: Universidad Nacional, 1981. pp. 17-22.

subdesarrollo”, necesitamos profesionales que no sólo obedezcan, se dejen manipular y se “domestiquen” como diría Freire, sino que sean creativos, generen iniciativa y se planteen y resuelvan problemas, no sólo problemas pequeños y al servicio de unos pocos, sino problemas fundamentales y al servicio de la mayoría del pueblo. No se trata de imitar a ciegas a los pueblos desarrollados cuando no se tienen las mismas condiciones que esos pueblos tienen para tomar las medidas educativas que ellos asumen. Este camino nos parece equivocado porque, al querer parecernos a ellos, hacemos malas reproducciones. Se hacen necesarios profesionales que tomen en cuenta las condiciones histórico-económicas, político-sociales y culturales de su pueblo, conscientes de su propia identidad. No basta seguir la vía del consumo del conocimiento ya hecho; lo que se necesita es producción de conocimiento propio. Como es seguro que en esta “aldea global” necesitaremos de otros pueblos, también tendremos que aprender a traducir, a comprender y a leer y también escribir, en el idioma del invasor. No se puede ser analfabeta en esa “aldea global”. Para tener dignidad, hay que ser productor y reproductor, creador y recreador. La simple copia, ingenua y acrítica es, como decía un orador, “limosna de la vida”.

Para lograrlo se necesita superar la separación entre el saber global y el saber que se necesita a nivel local, entre el saber universitario y el saber que necesitan nuestros pueblos, entre el saber que nos viene de afuera y el saber que somos capaces de producir, entre la teoría y la práctica. Se necesitan escuelas, liceos y universidades populares, al servicio de su propio pueblo.

Las implicaciones de una educación para el pueblo

Las universidades públicas podrían entregarse a una Reforma Universitaria, tomando en cuenta los cuatro horizontes a los cuales nos hemos referido; sin embargo, debemos advertir que la educación en general a lo largo y ancho de la América Latina no adolece de reformas y que lo mismo pasa en Costa Rica. Cada partido político que sube al poder quiere hacer su reforma educativa y quiere pasar a la historia, al menos en Costa Rica, como un Mauro Fernández. Más o menos lo mismo pasa con las universidades; todas las administraciones quieren pasar a la historia, al menos en Costa Rica, como un Rodrigo Facio. No adolecemos de reformas educativas, de lo que adolecemos es de criterios para hacer dichas reformas. Los horizontes anteriormente discutidos podrían servir de criterios que el “Nuevo Orden Mundial” propone para un replanteamiento de la misión de la universidad en el momento actual.

A una calidad de vida corresponde una educación con calidad académica. Comprendemos por calidad académica a la tarea científica que se realiza en la docencia, la investigación y la extensión (Acción Social) universitarias. Uno de los fenómenos de los tiempos posteriores a la II Guerra Mundial es precisamente el inicio de un interés especial de las universidades para dirigirse hacia la investigación. La pregunta quizá no sea si la universidad debiera optar por la docencia o por la investigación, sino si la universidad debería separar la docencia de la investigación. Posiblemente esa separación, que en la práctica es evidente entre los que se dedican a la investigación y los que se dedican a la docencia, se deba a la concepción que se tiene de lo que es educación. Se ha aceptado con facilidad la educación como proceso de enseñanza- aprendizaje, manteniendo la dicotomía del que enseña y del que aprende y la concepción de transmisión de contenidos. El educador es el que sabe y transmite contenidos y el educando es el que aprende y el que recibe contenidos. Esto significa que la investigación no es parte constitutiva de la docencia. Por eso tampoco el docente siente que tiene que ser investigador -aunque haga sus pequeñas investigaciones para enseñar algún punto de sus contenidos- ni tampoco el investigador siente que tiene que ser necesariamente docente. Calidad académica significa, al menos en este punto, la convergencia entre docencia e investigación. Difícilmente se podrá inspirar a futuros profesionales a ser productores de conocimiento propio a menos que se plantee un proceso de formación que implique, en la práctica, la producción científica.

A una generalización del saber corresponde una inserción social de la educación. Si bien es cierto, los griegos consideraron que la política y la ética era el ámbito educativo, que Rousseau y Froebel creyeron que la naturaleza era el ámbito más apropiado para la Educación, ha sido Dewey quien ha advertido que el ámbito de la educación es la sociedad. La educación es un proceso social y ella se desenvuelve dentro de la sociedad y es parte de ella. Lo importante de los educadores mencionados es que ellos concibieron la educación como un problema global, como parte de una totalidad.

Quizá ha sido el recién fallecido educador Paulo Freire quien, aprovechando las contribuciones de toda una historia de la Pedagogía ha señalado que la educación, sea preescolar, primaria, secundaria o universitaria, están íntimamente relacionadas con la totalidad de las dimensiones humanas, económicas, sociales, políticas y culturales del ser humano. La acción pedagógica tiene por característica que cuando aborda problemas concretos y particulares, los

aborda en su particularidad pero también en todas sus relaciones. Se hace necesaria y oportuna la educación concebida como totalidad, como proceso integral, como parte de un proceso histórico, económico, social, político y global, concepción que permita ver el lugar que ocupan los problemas particulares —en este caso de la educación— en el proceso global de los pueblos. La educación es un proceso social, creado por la sociedad en la cual vivimos y está al servicio de ella. No podemos seguir pensando en una Educación Superior desprendida de la realidad social a la cual se debe, ante la cual habrá de rendir cuentas y para la cual ha sido establecida. Las “torres de marfil” están condenada, al menos en la América Latina, al fracaso.

A una identidad corresponde una opción ideológica racionalmente asumida. Toda educación está llamada, y la historia de las universidades lo dice con claridad, a hundir sus raíces en lo histórico-social de su propio pueblo y, en consecuencia, a hundir sus raíces en su propio universo ideológico. El educador y la educadora deben asumir la ideología del pueblo al cual sirve y evitan caer en una ideología extranjera que encubre y deforma la realidad propia. Una universidad que busca fortalecer la identidad de su propio pueblo, está llamada a asumir racionalmente su propia ideología; esto significa hacer un esfuerzo de comprensión del universo ideológico en el cual se vive, en el cual se trabaja y se educa, una comprensión que posiblemente sea parcial pero que es necesaria para poder ubicar toda actividad educativa. Ningún educador y educadora, en nuestro tiempo, ha de vivir con la ilusión de que la educación es neutra. Ni la educación ni ninguna ciencia, mucho menos las ciencias sociales, son neutras. Por eso, una de las tareas científicas es precisamente reconocer los elementos ideológicos presentes que condicionan el quehacer racional, no sólo porque lo condicionan sino porque al fin y al cabo, la racionalidad de toda disciplina universitaria tiene su razón de ser y fin último servir al pueblo que gesta esa ideología.

A una apertura al adelanto científico y tecnológico corresponde una rigurosidad crítica del quehacer universitario. Se concibe el quehacer crítico como aquel que no da por provechosa cualquier información que sea recibida, por nueva o novedosa que ella sea. Lo nuevo y lo científico deberá responder a las necesidades del pueblo en el cual se trabaja o deberá esperar a que se tengan mejores condiciones para ser asumidas. Una conciencia crítica se opone a una conciencia mágica, dogmática o ingenua, como Freire la concibe. Los adelantos científicos y técnicos actuales hay que darles la bienvenida, pero a la vez, hay que recibirlos con la vigilancia y la sabiduría de aquel que ve el beneficio de su

propio pueblo y no su destrucción. Lo beneficioso en un lugar no lo es necesariamente para otro lugar. La apertura a los adelantos científicos deberán ser vistos a la luz de la calidad de vida que nuestro pueblo espera, de la generalización del saber que necesita y de la identidad que le da presencia en el concierto mundial.

Conclusiones

Algunas conclusiones parecen importantes subrayar y las divido en los cuatro puntos discutidos:

En primer lugar, si el horizonte es elevar la calidad de vida del pueblo en el cual se trabaja y esa calidad corresponde a la calidad del trabajo universitario, entonces la tarea universitaria es académica. Calidad aquí no significa funcionalidad sino ir más allá de lo funcional, calidad es poner el aporte científico, filosófico y artístico a la altura de la respuesta que piden los problemas del pueblo. Esto significa que el docente en general, pero especialmente el universitario, debe ser un investigador: por una parte, la investigación de su propia especialidad y, por otra, la investigación pedagógica, unidos por la práctica académica. El profesor universitario es aquel que debería estar preparado para realizar la convergencia entre investigación y docencia, la producción de conocimiento y la reproducción del conocimiento recibido, superando la concepción educativa de enseñanza-aprendizaje. Toda clase deberá ser un laboratorio para producir conocimiento, no sólo para repetirlo.

En segundo lugar, si el horizonte es la generalización del saber en el pueblo en el cual se trabaja y esta generalización es la inserción social de la educación universitaria, entonces la tarea universitaria es participativa, a nivel interno y también externo. Esto significa convertir las aulas en espacios de participación sobre la base de la investigación, espacios de una “práctica de libertad” que permita formar profesionales para la participación ciudadana. Puesto que la participación ciudadana se hace cada vez más compleja y el estudio de la realidad en la cual se participa también es complejo, no es tarea de una sola disciplina, sino que es tarea convergente, dependiendo de los problemas de los cuales se trate. Por eso, será necesario superar las tradicionales áreas de conocimiento y trabajar en forma interdisciplinaria. Lo que nos enseña el “Nuevo Orden Mundial” es que todo problema particular tiene múltiples relaciones, la realidad pedirá no sólo un especialista, sino que se harán necesarios trabajos conjuntos, inclusive con sectores del pueblo que viven y sufren esos problemas. Será esa participación

la que irá creando en la práctica nuevos campos de investigación, nuevas formas de docencia y una extensión como presencia transformadora sobre bases científicas.

En tercer lugar, si el horizonte es la identidad del pueblo en el cual se trabaja y a esa identidad corresponde a una opción ideológica racionalmente asumida, entonces se hace necesario estudiar y rescatar lo nuestro, servir a lo nuestro. De acuerdo con el "Nuevo Orden Mundial", los problemas actuales no están aislados, por eso los problemas científicos, filosóficos y artísticos tampoco lo están. Por eso, se necesita acentuar políticas que tomen en cuenta la propia historia, el diagnóstico de lo que se tiene, la forma como se piensa y la necesaria contextualización de la investigación, la docencia y la extensión universitarias.

En cuarto lugar, si el horizonte es abrirse críticamente a los adelantos científicos y técnicos del mundo actual y esta apertura corresponde al cultivo de un pensamiento crítico, las universidades deberán buscar que se superen ingenuidades y se trabaje a nivel crítico. Pensamiento crítico significa rigurosidad científica, contextualización filosófica, creatividad artística. Entiéndase científico no como la sola reproducción y el sólo consumo de la ciencia hecha en otros lugares, mucho menos la sola importación de la técnica, sino que significa la producción científica apropiada a nuestras necesidades. Pensamiento crítico significa que el trabajo científico incluya la comprensión del contexto en el cual esa ciencia se aplica pues su tarea es servir a su propio pueblo. Pensamiento crítico significa transformar las condiciones de miseria y de atraso y lograr el despegue del desarrollo global que se proclama y que ese desarrollo sea para todos los sectores del pueblo.